

Diez cartas: nueve de Jaime Torres Bodet, una de Alfonso Reyes

Consulto la voz *oficio*:

7. Comunicación escrita referente a los asuntos del servicio público en las dependencias del Estado, y por ext., la que media entre individuos de varias corporaciones particulares sobre asuntos concernientes a ellas.

Me disculpo por la, para muchos, obvia cita. Pero requiérala para justificar el título que doy a mi edición, en marcha, de la correspondencia Jaime Torres Bodet / Alfonso Reyes: *Casi oficios*.¹ Las ciento setenta y ocho cartas, procedentes del Archivo Reyes de la Capilla Alfonsina al fervoroso cuidado de Alicia Reyes, más semejan un intercambio oficial (de un profesional de las letras a otro, de un funcionario del servicio exterior a otro, del director de la UNESCO al presidente de El Colegio de México) que un epistolario propiamente dicho. Privilegiado espacio, por íntimo y consensual, para la confesión, el desahogo, la osadía, la escritura automática, la intriga.

En diversas ocasiones Reyes provoca a su corresponsal. Torres Bodet zanja la cuestión: "Dice usted que no soy espistolar, sino cumplido solamente. Le doy la razón". Reyes, con el paso del tiempo, termina por aceptar: "Siempre acordes como dos vio-

¹ Edición encomendada al investigador por el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México.

loncellos". Casi oficios.² En suma, la lectura curiosa de los tres legajos nos obsequia una lección de reserva y comedimiento extremos: comunicación oficiosa. Pero, a fin de cuentas, "comunicación escrita" de dos figuras centrales de nuestra cultura, sostenida a través de continentes y vicisitudes y a lo largo de treinta y siete años: 1922-1959. Además, toda correspondencia conduce a otra (y a otras fuentes: diarios, memorias, etcétera).

Es bajo esta óptica, limitación interna, que seleccionamos tres momentos de la correspondencia. Momentos de "asuntos concernientes" a la corporación particular a la que ambos remitentes pertenecen: la institución literaria.

El primer momento (asunto) refiérese a la salida de la revista *Contemporáneos*; a la que, por cierto, Reyes asistirá con diez colaboraciones en total, el doble, por ejemplo, de lo aportado por Xavier Villaurrutia.³ Las cinco cartas elegidas (entre el 3 de junio de 1925 y el 30 de abril de 1930) son de la sola firma de Torres Bodet.

El segundo asunto tratado corresponde a *Monterrey*, Correo Literario de Alfonso Reyes; impreso al que los *Contemporáneos* no contribuyeron, salvo la excepción, justamente, de Torres Bodet.⁴ Víctima, por cierto, como lo verá el lector, de la jitanjáfora. De las cuatro cartas seleccionadas (entre el 5 de agosto y el 28 de diciembre de 1930), tres son de la autoría de Torres Bodet y la restante de la de Alfonso Reyes.

El tercer y último punto atañe al proyecto, irrealizado hasta donde sé, de "una antología de nueva poesía mexicana", que pondría a Reyes no en la retaguardia sino en la vanguardia lírica del país. La carta, del 6 de octubre de 1927, señala don Jaime.

Como adviértese de lo antes dicho, la importancia de los "asuntos del servicio" literario, no la cronología, decide el orden de la selección (una de las innumerables posibles). No encuentro

² Un buen ejemplo de talante "epistolar", disarmonía, fragor de la amistad, ofrécelo: José Gorostiza / Carlos Pellicer, *Correspondencia 1918-1928* (ed. Guillermo Sheridan, México: Ediciones del Equilibrista, 1993).

³ Véase "Índice de nombres" en *Contemporáneos* (México: FCE, 1981): x-xi.

⁴ *Monterrey* (México: FCE, 1980): 462-466.

razón alguna para interrumpir la lectura del material con notas al calce. Genaro es Genaro Estrada, Xavier es Xavier Villaurrutia, etcétera. Aunque del todo ajenas a los deliquios y los venenos de una amistad sin trabas, atrevida, las cartas hablan por sí mismas.

FERNANDO CUIEL

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

A 5 de agosto de 1930.

Señor D. Alfonso Reyes,
Embajador de México,
Río de Janeiro.

Muy querido Alfonso:

Al regresar de mi pequeño viaje de vacaciones por Bélgica y por Holanda —“Concierto Breve”, diría Carlitos Pellicer— veo, sobre mi mesa, una carta suya. La abro de prisa. Estoy un instante con usted, tan lejos y tan cerca de su intimidad...

Muchas gracias, ante todo, por las líneas que ha enviado a Mathilde Pomès en el asunto de que le hablaba en mi última carta. Cualquiera que sea el resultado de las gestiones, muchas gracias.

He leído, con verdadera delicia, las ocho páginas de su correo literario. ¿Recuerda usted que, en algún artículo mío, aparecido en *Revista de Revistas*, aludía yo en 1927 a este carácter de “carta abierta” que tienen, en un sentido excelente, muchas páginas suyas? ¡Cómo me gusta sentirle en su cerro vagabundo de *Monterrey*, tocando todos los nombres —como en los cuentos— y jugando a transformar el significado de su apellido en la realidad de los tres Reyes Magos de que su Monte es Rey! Es tan fina, tan suya la atmósfera de su Revista, que —a pesar de su invitación— no sabe uno cómo entrar en ella. Teme uno romper los espejos, equivocarse las horas, empañar el tiempo en el cristal del reloj. De todos modos, hay que hacer un esfuerzo. No se puede no estar con usted. ¿El pocmita que le envió no será demasiado

opaco, demasiado *literario* tal vez? Es de mi próximo libro: *Destierro*, que aparecerá a fin de año.

Recíbalo junto con los mejores recuerdos de su amigo

Jaime

Madrid, a 13 de noviembre de 1930.

Muy querido Alfonso:

Mil gracias por el envío de su deliciosa tercera entrega de *Monterrey*, en donde veo, amablemente reproducido, mi poema "Resurrección".

Usted perdonará a mi impaciencia la rapidez con que pasa por encima de las primeras páginas de este Correo para detenerse en la séptima. Leo allí, en un artículo sobre las *Jitanjáforas*, el fragmento de una carta que se da como mía... Leo también su amistosa, justa y un poco irónica contestación. Pero lo sorprendente del caso es que yo no he escrito a usted una sola línea de la epístola que se me adjudica. Hay más aún: hasta estos momentos me era absolutamente desconocida la existencia del desabrido ensayo de Palazzeschi que el falsificador temeroso remitió a *Monterrey* con mi firma. El asunto es bien claro. Se trata de una nueva manera de utilizar el anónimo.

Esta suplantación no tendría la menor importancia en sí misma, pero me interesa mucho hacerla notar a usted por dos razones:

Iª Por lo que viene a añadir de misterio *real* al misterio verbal de todo el asunto jitanjáforico.

IIª Por lo que implica de amenaza para un escritor el hecho de que un diablillo impertinente —y, por lo visto, bastante mal intencionado— tome su pluma durante las noches y tergiverse sus papeles y vierta hiel en su tinta y "subtilice" sus sellos y se ponga a alterar el tono y la materia de toda la correspondencia que sostenga —no siempre muy exactamente, por cierto— con amigos a quienes, como usted, el pobre escritor burlado estima profundamente y quiere.

Le abraza como siempre,
Jaime Torres Bodet.

P.S. Una vez escritas las líneas anteriores, querido Alfonso, puede más en mí la curiosidad. ¿Quisiera usted remitirme —si lo conserva a

mano— el original de la carta falsificada? No estaría nunca de más descubrir a qué linaje humano pertenecen estos “colaboradores” invisibles. Gracias desde ahora. Vale.

J.

Río, 1º de diciembre de 1930.

Mi querido Jaime:

Me eché a temblar al leer su carta. ¡Me han molestado ya tanto, dos personas, con una campaña de anónimos que, por fortuna, ya pasó hace tiempo!... No me imaginaba yo el objeto de hacer pasar por suya una carta que, después de todo, ningún daño le hacía, pero todo podía ser.

Busqué entre mis papeles, y el enigma está descifrado. Se trata de un error mío y sólo mío, por el cual le pido mil perdones, y todavía tengo que pedirlos a Xavier... ¡La carta era de Xavier! Yo la conservaba guardada en el mismo sobre en que guardé el original de sus versos. A ese error de clasificación se debe todo. No me explico cómo pude caer en esta estúpida confusión. Pero prefiero haberle colgado a Usted el milagro yo mismo, y no que anduviera alguien, de tercero, enredándonos a los dos y amargándonos la vida. ¿No le parece? La cosa es ridícula, pero todo el ridículo cae sobre mí mismo. Voy a ver si encuentro un modo ingenioso de deshacer el entuerto. Le ruego que, una vez leída la carta y el anexo, me los devuelva, pues ahora viene lo más difícil, que será contentar a Xavier. Nunca me ha pasado cosa igual. Yo mismo estoy sorprendido de las travesuras de la jitanjáfora. Tiene Ud. razón. Hay algo misterioso en esto. ¿Cómo una persona tan cuidadosa de los puntos sobre las íes incurre en una confusión tan grosera, a menos que algún agente sobrenatural se entrometa? ¿No cree Ud. que hay un peligro en la jitanjáfora? Desde hoy la respeto, y siento que no quiero ya nada más con ella.

Perdóneme, otra vez, querido Jaime, y escríbame pronto para la tranquilidad de ambos: mire que las jitanjáforas se han conjurado contra nosotros

Suyo siempre,
[Alfonso]

Madrid, a 28 de diciembre de 1930.

Sr. D. Alfonso Reyes,
Embajador de México,
Río de Janeiro.
Brasil.

Muy querido Alfonso:

¿Ve usted cuánta razón tenía yo al suponer misterioso el azar que insertara mi nombre al final de una carta reciente, en su correo de jitanjáforas? Por fortuna, todo pasó sin peligros y la alarma resultó más ruidosa que la casualidad. Alegrémonos de ello. Por si desea hacerlos llegar a mejor destino, le devuelvo con estas líneas el billete de Xavier Villaurrutia y las páginas con las poesías de Palazzeschi.

¡1931 a la vista! Ya usted imaginará todos mis votos. Los reúno en éste: que los suyos se realicen con la más grata oportunidad.

¿Qué impresiones ha recibido de Río Janeiro? El clima, el paisaje ¿existen todavía? Desde hace meses parece que ando sin sentidos... ¿Trabaja usted mucho? Así sea. Y que pronto leamos un nuevo libro suyo. ¿Poesía? ¿Crítica? ¿Novela? No deje que nos consuma la curiosidad.

Sabe con cuánto placer le recuerda y lee su amigo

J. Torres Bodet.

México, 6 de octubre de 1927.

Sr. D. Alfonso Reyes,
Embajador de México.
Buenos Aires, Rep. Argentina.

Querido Alfonso:

He recibido *Cuestiones gongorinas* por el amable medio de Genaro Estrada. Lo he leído con el más vivo interés prefiriendo, naturalmente, algunos capítulos —en particular la ocasión de volver a leer el paralelo tendido entre Góngora y Mallarmé, ambos poetas que usted comprende con admirable y precisa maestría.

Y, pues que de su labor de poeta se trata, le diré —muy en *confianza*— que estamos trabajando algunos amigos y yo en la composición de una antología de la nueva poesía mexicana. En ella ocupará usted el lugar que merece, es decir, no agrupado entre los escritores del intermedio desaparecido, como algunas opiniones quisieran, sino entre los poetas de hoy, entre los absolutamente nuevos. El plan es el siguiente: Othón, Díaz Mirón, Urbina, Nervo, Icaza, y Rafael López en un grupo. En otro: Tablada, González Martínez, de la Parra, Rebolledo y Arenales —que insertamos en la historia de la poesía mexicana con más de un motivo. En el último irán los nombres de usted, de Pellicer, de Gorostiza, Villaurrutia, Ortiz de Montellano, Novo, González Rojo y Gilberto Owen.

Así como los poemas de los poetas que pertenecen a los dos primeros grupos irán precedidos de notas críticas por la *anónima redacción*, hemos pensado en la oportunidad de que, antes de nuestros poemas se inserte una pequeña nota de autocrítica (no de autobiografía). El límite determinado es el de una cuartilla a máquina. ¿Querrá usted enviarnos la suya? Y, si la amabilidad no le cansa, la llevaría usted a su extremo mandándonos, junto con la nota solicitada, un poema inédito —también para la *Antología*. Esperamos ambas cosas con impaciencia, es decir, con afecto.

¿Recibió usted *Margarita de Niebla*? Sí, probablemente, puesto que se la envié mucho antes de que usted me enviara *Cuestiones gongorinas*.

Lo abraza su amigo
J. Torres Bodet

A 3 de junio de 1925.

Señor Lic. don Alfonso Reyes,
Ministro de México,
París.

Mi admirado amigo:

No sé si Villaurrutia o González Rojo o algún otro le hayan anunciado la próxima aparición de nuestra revista *Contemporáneos*.

Deseamos que el primer número corresponda al mes de agosto. La revista será probablemente mensual. ¿Querría usted enviarnos algo

suyo para el segundo número, el de septiembre? Necesitamos su ayuda pues contamos ya con su amistad generosa. En cuanto salgan los primeros ejemplares tendré especial cuidado en enviarle diez o quince para que tenga la bondad de distribuirlos bien entre escritores de París y de España. A todos ellos hemos de ir dirigiéndonos en lo sucesivo, pero existe el inconveniente de que cobran su colaboración y no hemos encontrado todavía el secreto de acuñar nuestra admiración.

En espera de sus noticias y con un saludo de nuestros amigos Villaurrutia, González Rojo y Gorostiza, quedo de usted amigo devoto y afectísimo servidor,

J. Torres Bodet

26 de octubre de 1925.

Señor Don Alfonso Reyes,
Legación de México,
París.

Mi querido Alfonso Reyes,

Contesto de prisa, de prisa siempre —¿cuándo tendré la quietud necesaria a las amistades completas?— su afectuosa última carta. Me apena que haya servido de ocasión para escribirla usted y recibirla yo una indisposición suya y espero, deseo que, en próximas veces, la salud sea tan generosa como lo fue, hoy, la enfermedad. *Contemporáneos* ha corrido la suerte de tantas otras sus hermanas, revistas concebidas para la inmortalidad, muertas antes de nacer. No me avergüenzo de este fracaso, ni se avergonzarán los que conmigo lo compartieron. Hay que culpar un poco de esto a México. El escritor tiene aquí que pensar, que escribir, que vivir sin un público a quien dirigirse. Los librereros lo dicen: “La gente no lee”... Vea usted ¡si ha de ser terrible coincidir con este criterio!

Lo abraza
J. Torres Bodet

México, 1° de marzo de 1929.

Sr. Lic. Alfonso Reyes,
Buenos Aires.

Mi querido amigo:

Acabo de recibir su grata, de enero y me apresuro en contestarla. Con tanto mayor alegría cuanto que, por una benevolencia en que no quiero sólo sentir un azar, su llegada ha coincidido con un momento en que el conjunto sin equilibrio de la enfermedad, el trabajo y la fatiga me la hicieron plenamente útil y significativa. Me alegro mucho de saberlo mejor y de sentirlo siempre, como antes —¿como siempre?— cerca de nosotros, bondadosamente interesado en nuestra actividad, en nuestra pequeña actividad tan fuera de lugar, de hora y, acaso, de circunstancia... ¿Recibió usted el ejemplar de *Contemporáneos* (no. 8), en que apareció “La caída”? Espero que no habrá Ud. encontrado muchos errores de impresión. Excúsenos, si los hubo, pues ese número resultó infortunado tipográficamente. Su ofrecimiento de cordialidad para la Revista me induce a pecar acaso por exceso, suplicándole nos envíe directamente o bien por el conducto de Genaro todo lo que encuentre bueno de los demás para sus páginas. Nos han hecho falta desde un principio notas de ud.; poemas de ud.; en una palabra: su presencia y su afectuosa proximidad. Ojalá lo tenga en cuenta y nos recuerde desde hoy más a menudo.

He tenido ocasión de conocer recientemente, en concurso en que yo también tomé parte, a su sobrino Rodolfo. Es realmente muy bueno y tiene el trato de los Reyes. ¿No es ya esto decirle todo el agrado que he tenido en ser su amigo?

No me habla ud. nada en su carta de Pedro Henríquez Ureña. ¿Le será molesto saludarlo en el nombre de todos nosotros? También su ayuda nos sería necesaria. Si no la solicitamos de él directamente es por tenerlo a ud. de intermediario.

¿Ha leído ud., en la prensa de México, todo lo que se va a hacer en torno a Azuela y a *Los de abajo*? ¿No cree ud. un poco desorientado este género de nacionalismo —que necesita tanto del color local y del tema? (Por supuesto esta duda se la confío en la intimidad, que México piensa hoy de muy otra manera.)

Estoy en la punta de uno de los mil caminos que la Diplomacia enreda y desenreda en la sombra. Por eso no le digo que me conteste. ¡Quién sabe de qué rincón de Centroamérica le llegue mi S.O.S. futuro!

Un saludo muy cordial de su admirador amigo

J. Torres Bodet

Martes 2 de abril de 1929.

Querido Alfonso:

¿Recibió usted mis cartas de México? En una de ellas, la última, le contaba mis metamorfosis: me he casado y me he decidido a figurar en la "carrera". Cosas ambas terribles y que no sabe uno nunca cómo acabarán... si es que sabe uno de veras cómo principiaron.

Ahora voy a España y, naturalmente, mi primer movimiento es el de escribirle para ponerme allí a sus órdenes. Crea ud. que tendría un real placer en servirle, en la modesta esfera en que pudiera hacerlo.

Contemporáneos le vive agradecida por su ayuda. Mi salida de México no entorpecerá sus actividades en tanto Genaro siga ocupándose de ella con la generosidad con que lo ha hecho. Si tiene algunas colaboraciones reunidas, puede enviárselas a él y, desde ahora, infinitas gracias.

Algunos días antes de salir de México, me habló Genaro de una serie de publicaciones que iba ud. a dirigir en Buenos Aires y me invitó en su nombre para enviarle algo mío, reciente. Se lo agradezco mucho y en cuanto me instale en Madrid le reuniré el material necesario (40 o 50 páginas, según parece).

Entre tanto, reciba ud. un abrazo cordial de su amigo muy adicto

J. Torres Bodet

Madrid, a 30 de abril de 1930.

Señor Lic. D. Alfonso Reyes,
Embajador de México,
Río de Janeiro,
Brasil.

Muy querido Alfonso:

Recibí hace algunos días su carta del 23 de marzo. No la había contestado antes porque aguardaba una noticia exacta acerca de su

llegada al Brasil. Su hermano Rodolfo, a quien tuve el gusto de ver esta mañana, me ha informado ya de su nueva instalación. ¿Debo felicitarlo por este cambio de clima, por este enriquecimiento de amigos, por este nuevo y más importante radio de su influencia? Sí, ¿verdad? Así lo espero de todo corazón.

Me ofrece usted colaborar con mayor frecuencia en *Contemporáneos*. Es una excelente noticia que comunicar a sus nuevos directores, pues ya sabrá usted que los presentes han eliminado a los ausentes. No me quejo. Es la ley de las cosas. Y la Revista ganará con el cambio. Al menos quiero creerlo así.

Mathilde Pomès, nuestra querida Mathilde, estuvo hace unos días en España. Vino también a Madrid, en donde le ofrecimos una comida Salinas, Marichalar, Bergamín, Fernández Almagro, Rafael Alberti, León Sánchez Cuesta y yo. Siempre habla de usted con un gran y merecido entusiasmo. Me dijo algo acerca de un proyecto de traducir al francés mi *Educación sentimental*. No sólo la vanidad me hace desearlo. ¿Querría usted enviar uno de esos ángeles buenos de los mensajes que arreglan ciertas cosas entre amigos? No me diga si lo desea hacer o no. Se lo agradezco de todos modos.

Tengo ahora dos trabajos en vía de realizarse: Un libro de versos: *Destierro*, sobre el cual me interesa muy vivamente su opinión. Ya lo recibirá usted dentro de dos o tres meses. Y una novela *Muerte de Proserpina*, que no sé si estará bien o mal.

¡Qué lástima el fracaso de *Libra*! Tengo una gran curiosidad de saber cuál es esa otra "cosa más exclusiva y más suya" de que me habla un minuto en su carta. Cuando se deshaga de las maletas que lo rodeaban al final de sus líneas, cuando la ciudad recién adquirida deje de molestarle en esos pliegues en que un vestido nuevo se reconoce, dedique un cuarto de hora a escribirme y a pensar en mí, que no dejo de recordarle, de quererle y de guardarle la viva admiración de siempre.

Suyo,
Jaime.